

NOTA EDITORIAL

Con un retraso lamentable, pero ajeno a nuestra voluntad, nos complacemos en entregar la segunda parte del simposio «Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas». La publicación de la tercera y última parte (número 8) aparecerá en breve.

La nota editorial de la primera parte (número 6 del *Boletín de Arqueología PUCP* [2002]: 5-9) especificó los detalles del IV Simposio Internacional de Arqueología PUCP, celebrado en 2002, cuyas ponencias se están publicando en los números referidos. Asimismo, se proporcionaron las líneas generales del programa y su sustentación temática, por lo que no es preciso repetir esta información aquí sino concentrarse en el contenido de este número. Una discusión más detallada está prevista como parte de las *Reflexiones finales* en el número 8. Como en el número 6, se ha respetado el orden del programa original del simposio, de modo que el presente número corresponde a las mesas redondas 3 y 4, ambas bajo el tema general «Arquitectura, ancestros y paisaje». Dieciocho autores de siete países entregaron 12 contribuciones. Frances Hayashida y Carol Mackey presentaron sus trabajos el primer día del simposio, pero no pudieron entregar sus manuscritos a tiempo (véase Nota Editorial del número 6, p. 8). Su entrega se agradece, aunque sus temas, por la razón referida, no corresponden exactamente al tema general. Tom Dillehay, quien no participó en el evento, envió otra contribución que fue incluida dada su importancia, aunque su tema difiere de lo tratado también. Para estos tres artículos no se ha buscado un título general, sino que fueron agregados al final de la parte principal. Como de costumbre, se incluyeron apuntes más breves de otros autores en la sección Notas. Como se especificará en adelante, estas notas deberían concentrarse en la arqueología del Cuzco, pero resultó que solo dos de los cuatro autores respondieron en su debido tiempo a este tema; los dos restantes tratan de evidencias de Puno y de Andahuaylas. Por último, se ofrecen dos reseñas relacionadas al tema general.

El tema «Arquitectura, ancestros y paisaje», que reúne la mayoría de los trabajos presentados en este número, se concentran en enfoques de identidad «materializada» y, por lo tanto, en perspectivas más arqueológicas que etnohistóricas. Los tres componentes están íntimamente relacionados, ya que estructuran el espacio y le dan una coherencia cultural al imprimirse en una lógica que vincula «naturaleza» con «cultura», así como el presente con el pasado. Este pasado, sin embargo, no es una simple «adición» a la estructuración del espacio o, mejor dicho, de la red de lugares, sino que esconde otros conceptos del «espacio» u otros paisajes reformulados por la memoria cultural o superpuestos por otras memorias previas. Esta dinámica o dialéctica se presenta de diferentes maneras, por lo que resulta conveniente subdividir este enorme espacio cultural que fue el Tawantinsuyu en tres niveles: el propio Cuzco, la zona nuclear y las provincias.

Al Cuzco le corresponde el papel del centro regulador, que no solo es el centro por excelencia sino, también, el microcosmos que reúne o concentra lo esencial del imperio. Es un paisaje sagrado y, a la vez, sede del poder político cuyo modelo se multiplica en «nuevos Cuzcos» ubicados en paisajes de poder que se encuentran en lugares específicos de las provincias. Es, también, el nudo focal del inmenso sistema vial que organiza el espacio total del imperio en dimensiones nunca vistas antes.

Debido a esta importancia fundamental, se había previsto de darle al Cuzco un énfasis especial en este simposio y en las publicaciones respectivas. Si bien la información histórica del siglo XVI es detallada, se precisa de las evidencias arqueológicas con el fin de contrastarla por medio de datos independientes capaces de confirmar, ampliar, modificar o cuestionar la validez de la primera. Estos datos, sin embargo, no son disponibles. Con esto se crea una situación embarazosa

que no se debe a la escasez o ausencia de trabajos respectivos sino al carácter de las intervenciones (v.g., puesta en valor, restauración, registro para catastro), cuyos resultados no suelen publicarse. Pese a los esfuerzos en obtener datos inéditos con el fin de remediar esta deficiencia sentida con la ayuda de Julinho Zapata y de Ian Farrington, no se pudo contar con la colaboración necesaria de los arqueólogos involucrados, lo que frustró estas tentativas. Con ello no se ha podido reducir una deficiencia fundamental en los estudios incaicos, algo que forzosamente habría que revertirse en el futuro, ya que esta falta de información impide la caracterización del centro de uno de los imperios más importantes del mundo. La única excepción al respecto es el aporte de Mónica Paredes, que toca otro problema básico de la arqueología del Cuzco: la definición de los contextos funerarios, su documentación y su análisis. La zona descrita forma parte de un impresionante paisaje sagrado cuyo estudio pormenorizado también está por hacerse. Paredes presenta, además, un sorprendente resultado colateral que merece más estudio: el hallazgo de cerámica tiwanaku en el sitio, cuya presencia resulta enigmática ante la supuesta presencia, casi exclusiva, del estilo Huari en la zona cuzqueña.

La zona nuclear tampoco cuenta con la documentación debida. La discusión suele concentrarse en lo que se denomina «fincas reales», una traducción literal del concepto inglés «royal estates» que se ha familiarizado en la literatura especializada. Esta definición también se debe casi exclusivamente a la información etnohistórica, ya que las publicaciones se concentran en la arquitectura, mas no en los datos acerca de las necesarias excavaciones arqueológicas a pesar de que existen trabajos efectuados en muchos de estos sitios, aunque también inéditos en su gran mayoría. Este número cuenta con tres contribuciones. Farrington y Zapata presentan los primeros resultados de su importante proyecto de Tambokancha; Nair se ocupa del descuidado y, con frecuencia, malentendido tema de la arquitectura inca tardía (colonial); y Kaulicke, Kondo, Kusuda y Zapata se concentran en el complejo arqueológico de Pisac en un afán de reformular su función en relación con el paisaje, la ancestralidad y el uso ceremonial del agua. Estos tres aportes se completan con el de Sillar y Dean (número 6), quienes discuten el problema de la etnicidad en la zona de Raqchi. La nota de Béjar hace entrever la importancia de Rumiqolca; sus datos sucintos reclaman la urgente necesidad de emprender investigaciones más exhaustivas, con el fin de precisar la relevancia y la complejidad de este sitio para el propio Cuzco y el Tawantinsuyu en general.

No es de sorprenderse que el tercer nivel, el de las provincias, está recibiendo mayor atención, pero es también el que presenta más diversidad dado el hecho del enfrentamiento de un Estado expansivo con una multitud de etnias y sistemas políticos de una gama muy amplia de grados de complejidad. Estos últimos deberían definirse en situaciones concretas de este enfrentamiento —breve, repetitivo o prolongado— en vez de contentarse con la información sucinta de los datos etnohistóricos. En este sentido, la arqueología asume un papel sumamente importante en la definición de estos problemas complejos que requieren la aplicación de metodologías apropiadas. Este volumen presenta varios casos en una gama amplia de enfoques que no solo se concentran en el tiempo de contacto entre etnias regionales con los incas sino, también, con los europeos —como en el caso de la contribución de Morris y Covey acerca de las funciones cambiantes de Huánuco Pampa (sierra norte)—, aunque la gran mayoría se concentra en el impacto inca. Esta tendencia se debe también al hecho de que no existe una arqueología colonial formalizada en el Perú, lo que constituye otra deficiencia importante de la arqueología de este país.

Junto con algunos artículos ya publicados en el número 6 se cubre un espacio muy amplio desde Cajamarca (Watanabe, número 6); la costa norte (Hayashida), con un caso específico (Farfán, Mackey); Chachapoyas (Schjellerup, número 6); sierra norte (Herrera); costa central, con una serie de aportes (Makowski; Cornejo; Díaz y Vallejo; Marcone y López-Hurtado, todos en el número 6, así como Villacorta, este número); sierra surcentral (González Carré y Pozzi-Escot; Valdez, número 6); y sierra sur (De la Vega y Stanish; Doutriaux, número 6, así como Pérez y Béjar, este número). Para la

región argentina se cuenta con las contribuciones de Bárcena (número 6), así como Gentile, Ceruti y Schobinger (este número), mientras que dos trabajos se concentran en el norte de Chile (Uribe, Adán y Agüero en el número 6; Aldunate, Castro y Varela, este número).

Sin el afán de discutir los temas específicos, se denota que muchos de los trabajos incluidos en este número enfatizan el aspecto ritual, en particular en los aspectos de contextos de sacrificios humanos en los sitios de altura (Ceruti, Schobinger) y de la momificación artificial y sus antecedentes (Guillén). El aporte de Dillehay toca un problema que es de gran importancia sin que haya sido tratado mayormente en los demás trabajos: el papel de los banquetes en el manejo de las relaciones políticas. Esta veintena de contribuciones constituye un aporte general que toca diferentes aspectos, muchos de ellos en una especie de *case studies* que ilustran el potencial y la necesidad de llenar aún muchas lagunas en el camino hacia una comprensión más cabal de esta problemática tan compleja. La meta por alcanzar sería una propuesta arqueológica de la diacronía de las expansiones desde el núcleo, así como una perspectiva comparativa de las negociaciones de poder y las respuestas de las etnias a las diferentes formas e intensidades del (o de los) impacto(s), es decir, la posibilidad de definir las formaciones de identidades y la dinámica o transformación tanto de los afectados como de los invasores. Este último punto, la meta planteada de todo el simposio y de las publicaciones respectivas, ha resultado ser muy ambicioso, lo que era de prever, pero no es este el lugar para evaluar los alcances logrados y las deficiencias detectadas. Tampoco se tratará de discutir los problemas del trabajo interdisciplinario y los alcances comparativos que están implicados, sino que se dejarán estas tareas para las reflexiones finales.

Queda por agradecer a todos los que han contribuido a la publicación de este número y al éxito del simposio que lo ha originado. Por ello, quisiera volver a expresar mi gratitud, en primer lugar a mis coorganizadores del evento y coeditores de los dos números, Gary Urton y Ian Farrington. La gran mayoría de los ponentes cumplieron en entregar sus manuscritos de manera puntual y, con ello, han posibilitado la aparición de estos volúmenes. Se aprecia su compromiso y colaboración —pese a los inevitables problemas de comunicación a nivel global—, así como la calidad general de sus trabajos y su generosidad en entregar esta apreciable cantidad de información valiosa e inédita en muchos de los casos.

En cuanto a la preparación de este número tuve la suerte de poder contar nuevamente con el apoyo incansable del señor Rafael Valdez, quien, desde hace muchos años, hace posible la publicación de muchos trabajos, no solamente los del *Boletín*, desde sus inicios. Gracias a su colaboración estrecha de tantos años ha sido posible alcanzar una eficacia cada vez más evidente con el fin de llegar a una perfección que ha alcanzado niveles que no se pudieron prever en el inicio de nuestra empresa. A él le debo mi agradecimiento más profundo. En la cada vez más difícil tarea de editar volúmenes complicados por el gran número de autores y la gran cantidad de ilustraciones que ha aumentado considerablemente desde el primer número, era necesario crear un equipo de colaboradores formado por estudiantes de esta casa de estudios, en buena parte de la especialidad. En esta oportunidad han participado Gabriela Cervantes, Carla Hernández, Ursula Muñoz y Lucía Watson (Especialidad de Arqueología PUCP), así como Lucy Gutiérrez, Adela Paisano y Héctor Cárdenas (Especialidad de Lingüística Hispánica PUCP). Cora Rivas (Carrera de Arqueología, Universidad Nacional Federico Villareal) digitalizó las ilustraciones de algunos de los artículos que aparecen en estos números. Gracias a esta colaboración, y al procesamiento de los textos mediante una detallada guía estilística, preparada por el señor Valdez y que se publicará en el número 8, la elaboración general de la publicación se hizo más eficiente que antes y ayudó a reducir problemas de diagramación y edición que aún subsistían de los números anteriores. En cuanto al Fondo Editorial PUCP, pudimos contar nuevamente con el apoyo de la doctora Estrella Guerra y el señor Oscar Hidalgo, así como de la señora Annie Ordoñez, Directora Gerente de la mencionada unidad. Asimismo, agradezco el apoyo del doctor Krzysztof Makowski, Jefe del Departamento de Humanidades.

Por último, me es grato mencionar que, a partir de este número, el *Boletín* forma parte del Sistema LATINDEX (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal, *cf.* <www.latindex.org>. Este proceso, denominado indización, fue gestionado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC) mediante una evaluación de los ejemplares producidos y, con ello, esta revista obtiene un reconocimiento a su calidad tanto en lo que se refiere al contenido como a su presentación técnica. Este tipo de sistemas, organizado por conjuntos de universidades e instituciones en diversas partes del globo, cuidan de elevar y mantener la calidad de las publicaciones científicas seriadas en todo tipo de campo, desde las letras y ciencias humanas hasta las ciencias exactas. La inclusión del *Boletín de Arqueología PUCP* conlleva cimentar y multiplicar el alcance logrado hasta la fecha, así como su presencia en el campo de la producción científica en arqueología en el ámbito mundial.

PETER KAULICKE